

¿Para qué una Fe?

Por E. Armstrong

La Fe es la respuesta del hombre a Dios.

La Fe es la garantía de la Verdad revelada que no vemos y que confiados esperamos. Sin embargo, la Verdad revelada no se refiere únicamente al futuro, si no que a lo que integra nuestro pasado, presente y futuro.

La Fe es el fuego que despierta la esperanza de una paz sin tiempo, iluminando la confianza sobre el compromiso.

La Fe demuestra la adhesión voluntaria de la inteligencia del hombre a Dios, asumiendo Su Palabra como verdad propia.

En la Fe nace la confianza que nos despierta ese encuentro personal con la Verdad natural de la vida. Ella nos es revelada por los medios de Dios, a los cuales, quienes son agradecidos, se integran tan alegres como libres.

La Fe es un acto de confianza que nos guía hacia las formas de participación mas solidarias, cuya máxima expresión la encontramos en la comunión.

La Fe es un acto de la inteligencia, una esperanzadora necesidad que no es ciega, ya que, representa la confianza en un conocimiento adquirido; de esa forma, ella busca la comunión entre la inteligencia humana y la Gracia.

La Fe es un don vivo, porque, como el Amor gratuitamente recibido, ambos requieren esfuerzo y perseverancia para mantenerse; ambos, nunca serán una posesión asegurada ya que representan expresiones y respuestas ante una realidad. Por esto, ambos exigen ser alimentados y correspondidos con hechos consecuentes, mas que con palabras o intenciones.

La Fe no es una causa para dormirse o descansar sobre ella, tampoco es un seguro de vida garantizado; es para despertar la inteligencia, ante la Verdad que es reconocida por la conciencia.

La Fe es nuestra memoria de Dios, manantial de conocimientos que nos enseña a vivir.

La Fe es un acto de amor que alude a una de nuestras máximas expresiones de la voluntad. Y, como acto de amor, ella es incondicional; no se puede comprar ni negociar ni transar, porque se sustenta en la Gracia, la cual nos permite apreciarla y, en consecuencia, nos invita a agradecer lo recibido y que hoy podemos disfrutar.

El acto de fe es personal y por lo tanto, consecuencia y consecuente con la voluntad que la sostiene en nuestro propio interior. Por ello, es un acto en conciencia que no depende de los acontecimientos y devenires que debemos enfrentar por su causa o por lo que podría afectarnos.

Por ser la Fe un acto de amor, como tal, es un acto de la libre y propia voluntad, la que es incondicional y no depende únicamente de los sacrificios, padecimientos o adversidades que se deban enfrentar, como tampoco de promesas o los beneficios que se esgriman en su nombre.

Por ser un acto sustentado en la conciencia, la Fe es un acto rector, el cual dirige parte de nuestra vida por medio de sus principios y valores que, estando en acuerdo con la propia voluntad, regirán nuestros actos incondicionalmente.

La Fe, al ser una manifestación de la Gracia en nosotros es un regalo de Amor recibido gratuita e inmerecidamente para facilitarnos la vida, como la misma disposición a la búsqueda de la verdad que ella nos impulsa.

La Fe, es expresión de la Gracia, de la Palabra y del Amor; es participar en mayor conciencia de todo lo cual nuestra vida nos presenta o propone, permitiéndonos disponer de un juicio un poco mas razonable ante los naturales prejuicios mentales que buscan predeterminedar nuestra voluntad.

Tener Fe es creer, sin embargo, no es disponer de una certeza acerca de todo lo que involucra la Fe; por lo tanto, la inteligencia de la Fe se sustenta en sus respuestas como medios para despejar las dudas que nos asisten en la propia vida. La Fe apoya los procesos naturales exigidos por nuestra

inteligencia, por lo tanto, no desconoce el valor del temor o el de la incertidumbre, ni siquiera desprecia el origen de nuestras legítimas dudas, y transforma nuestras preguntas e inseguridades en renovados incentivos para no claudicar en los esfuerzos que la vida nos demanda. ¿Cómo? Otorgándole un sentido a lo que nos afecta, lo cual va más allá de lo inmediato, más allá de la propia persona, extendiendo nuestra visión hacia lo infinito y eternamente valioso. La Fe nos hace levantar la mirada y nos permite alejarnos de nosotros mismos para ir al encuentro del otro y, de esta forma, nos ayuda a adquirir mayor conciencia de lo que somos y de lo que podemos llegar a ser.

La Fe es un medio, y, en este sentido, se parece mucho a la Gracia. No es un final, mas bien es la luz que ilumina nuestro camino hacia su destino; aquel ya señalado por la Palabra para el encuentro con el Amor de nuestra vida. Fe, Gracia, Palabra, Amor y Felicidad, parecen ser uno, o, al menos, que avanzan de la mano, como unidos en la existencia. La Fe es Gracia, como el Amor es Felicidad, y la Palabra es la esencia de lo que nos permite ver aquello que puede unir la inteligencia de la mente con la del alma.

La Fe representa aquellas creencias donde, convencidos, ponemos la mirada durante nuestro caminar por la vida al ella darle sentido, y un mismo destino, a todo lo que hacemos y vivimos. La Fe influye e invita a actuar buscando en todo la consecuencia entre lo que nos dicta la mente, la conciencia y los preceptos de la propia Fe. Es, en este proceso donde apreciamos nuevamente los efectos del Amor, al permitirnos ver como la Fe une a nuestra inteligencia con los pensamientos de la razón, con los de la conciencia del alma y con los preceptos de nuestra Fe.

La Fe es la luz que nos ilumina al darle un sentido al caminar por nuestra vida. Y, como luz, mas que una creencia ella es motivo de vivencias.

La Fe Cristiana es aquella esperanza inmortal con la cual vivimos acercándonos a la experiencia de Dios, sustentados en la Palabra de Cristo que es sostenida por Su Iglesia y religión.

Finalmente, gracias a la Fe, podemos salirnos de nuestra persona para compartir nuestra realidad con Dios. De este modo, ella es la musica del alma al darnos ese alegre sentido que es compañía. Por lo anterior, podemos decir que la medida de nuestra Fe es el reflejo de la distancia personal con Dios.

Las formas de la Fe parecen cambiar para nosotros a medida que crecemos, pero son las percepciones y necesidades las que realmente cambian y no la Fe. Por ejemplo, si el Amor es energía, consideremos lo más simple, que la energía es el poder de una fuerza en movimiento, según lo cual y en consecuencia, esta requiere de espacio y tiempo para expresarse. Pero el cambio nos acompaña y cuando nacemos todo es presente para nuestro pensamiento; a medida que crecemos, lentamente nos aparece la memoria con sus primeros y cortos recuerdos. Todo parece ocurrir gradualmente, seguimos creciendo y experimentando la propia vida sumando recuerdos, y a parte de ellos, los llamaremos conocimiento; hasta que aparece el sentido de futuro en nuestra vida, como formas o imágenes de las primeras proyecciones de nuestros pensamientos más estimulantes y complejos. Recién entonces es cuando comenzamos a sentir que reconocemos nuestra posición o al menos un lugar como persona en la vida, lo cual ocurre cuando ya somos capaces de integrar nuestro pasado y presente, con ese futuro que representan en nuestra mente las aspiraciones y probables consecuencias de lo que hagamos. Pero es mayor el milagro que se inicia recién aquí, cuando podemos empezar a ver más allá de nosotros o de lo que nos puede afectar como ser individual, y empezamos a comprender como todo abuso de poder engendra su respuesta: abuso; o como el amor engendra amor. El movimiento es cambio, es energía generando energía... Nada se pierde, todo se transforma, según las leyes de la física cuántica. Es ahora cuando podemos reconocer que los cambios pueden tener sentido solamente cuando afectan una vida. En consecuencia, si la vida es lo que da sentido a lo que ocurre en nuestro entorno, es aquí cuando aparece la importancia de la Fe, ya que con ella vivir es sentir y emocionarse con lo que es nuestra Verdad.

Necesitamos llegar a reconocer que el concepto de Fe es indisoluble del de Verdad, de aquello que puede ser verificado y comprendido por otros en base a sus sólidos fundamentos. Pero los fundamentos, las ciencias, lo natural, o la inteligencia de la razón no siempre serán suficientes, ya que, ante la realidad vemos que no todos se interesan por conocer, menos los hay que se interesen por indagar acerca de sus verdades, y por eso es que necesitamos comprender que vivir no es ni será lo mismo para todos. Vivir la Fe es una opción libre y voluntaria para quienes la han buscado o se han interesado por ella o por lo que representa, pero una Fe difícilmente será comprendida por quienes la desprecian o le han sido indiferentes. Aun así, la Fe nos ayuda a todos en comprendernos y buscar mejores formas para la convivencia, en valorar la participación e integración solidaria, siempre en la medida de que ninguna de las partes se sienta atropellada en sus derechos,

principios o valores. Apuntando a ese fin, con quienes no profesan nuestra Fe puede ser mejor centrar la conversación en lo que nos une y no en lo que nos separa, como lo que dicta el derecho natural o en la igualdad, la equidad y el respeto mutuo, aspectos que podrían ser esenciales para una mejor convivencia temporal en la diversidad que nos rodea.

Por todo lo anterior podemos decir que la Fe es el sentido de nuestro futuro.